Restablecimiento del Orden Interno en el penal San Juan Bautista de la isla El Frontón. Experiencia de Combate, Liderazgo y Valor

Restoration of Internal Order at the San Juan Bautista prison on El Frontón Island. Combat Experience, Leadership, and Valor

Contralmirante (r) Carlos Tello Aliaga. Oficial de Marina en situación de retiro y Comando de Infantería de Marina, con 32 años de servicio dedicados principalmente a la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico. Recibió entrenamiento con Fuerzas Especiales del Estado de Israel y del Ejército de los Estados Unidos de América. Asimismo, fue oficial de intercambio con la Infantería de Marina de los Estados Unidos (US Marines). Integró procesos de planeamiento y ejecución en operaciones de rescate y contraterroristas de alto nivel, como las desarrolladas en el Comando de Inteligencia y Operaciones Especiales del Comando Conjunto (CIOEC), resultando herido en combate al liderar una operación sensible. Su experiencia profesional se orientó a la formación, liderazgo y conducción de unidades en escenarios de alta exigencia operativa.

Resumen: El artículo presenta el testimonio personal de un Oficial de Infantería de Marina durante la operación de restablecimiento del orden interno en el penal San Juan Bautista de la isla El Frontón, en junio de 1986. A partir de la experiencia vivida en combate, se reflexiona sobre el liderazgo bajo presión, la toma de decisiones en escenarios extremos, el manejo del miedo y el estrés en combate, así como la cohesión de unidad y el valor del ejemplo en la conducción del personal. Asimismo, se analiza el impacto psicológico de las operaciones militares y la importancia de la preparación profesional integral de las nuevas generaciones de oficiales. La experiencia adquirida influyó posteriormente en su desempeño en operaciones especiales y contraterroristas de alto nivel.

Palabras clave: El Frontón; liderazgo militar; estrés en combate; Infantería de Marina; contraterrorismo.

Abstract: *This article presents the personal testimony of a Marine Infantry officer during the operation to restore internal order at the San Juan Bautista prison on El Frontón Island in June 1986. Based on direct combat experience, it reflects on leadership under pressure, decision-making in extreme scenarios, fear and combat stress management, unit cohesion, and the value of leading by example. The article*

also examines the psychological impact of military operations and highlights the importance of comprehensive professional training for future officers. The experience gained during the operation later influenced the author's participation in high-level special operations and counterterrorism missions throughout his military career.

Keywords: *El Frontón; military leadership; combat stress; Marine Infantry; counterterrorism.*

… Hay eventos ingratos en la vida que muchas veces no queremos recordar, eventos que cambian la forma de ver la vida misma e incluso vivirla, vivencias que por su intensidad han sido traumáticas, dolorosas por su crudeza, cuya cicatriz nunca cerrarán, esta para mí, es una de ellas…

Introducción

La operación de restablecimiento del orden interno en el penal El Frontón, en junio de 1986, constituye uno de los momentos más críticos de la carrera de quien escribe estas líneas; más allá de la acción táctica, lo vivido permitió comprender dimensiones esenciales del liderazgo en combate, particularmente cuando la incertidumbre, el miedo y la responsabilidad convergen en decisiones inmediatas.

Luego de la ceremonia de graduación como Alférez de Fragata en el año de 1982 y después de haber recibido la espada como símbolo de mando, nos asignaron un revólver para nuestra protección, ya que el país estaba siendo atacado internamente por malos peruanos. Años más tarde, luego de un exigente entrenamiento logré calificarme como Oficial Infante de Marina, en el año 1985.

Contexto Operativo

Al amanecer del 18 de junio de 1986, luego de culminar mi servicio de Control del Orden Interno durante toda la noche (toque de queda) en los distritos de Ancón, Puente Piedra y Ventanilla, retorné a la Base Naval de Ancón, Cuartel General de la Infantería de Marina, donde tomé conocimiento, a través de medios de comunicación radiales, que elementos terroristas tomaron el control de las principales cárceles en la capital.

Ese mismo día, al tenerse conocimiento que delincuentes comunes se iban a unir a los terroristas amotinados para tomar el control absoluto de la isla El Frontón; se planeó, inicialmente, una inserción aerotransportada. Para

ello fueron seleccionados comandos anfibios y paracaidistas del Batallón de Infantería de Marina Nro. 2 "Guardia Chalaca", y me asignaron el mando del Pelotón de Reserva.

Inmediatamente me equipé para embarcarnos con dirección a la Base Naval del Callao en espera de órdenes. Allí, pudo observar que el comando de las operaciones había sido asumido por el Vicealmirante Víctor Ramírez Isola, Comandante de la Segunda Zona Naval; en ese sentido, nos reunimos en las instalaciones de la Comandancia de la Base Naval para iniciar el planeamiento de la operación.

En horas de la noche nos embarcamos en el B.A.P. *Colayeras* para trasladarnos a la isla, fondeando frente a ella en espera de órdenes. Desde ahí podía observar la isla totalmente oscura, excepto por una luz potente, escuchar detonaciones intermitentes y ráfagas de fusilería. Recuerdo estar sobresaltado esperando desembarcar, transitando entre los infantes de marina más cuajados quienes estaban descansando en la cubierta y apoyados sobre sus mochilas.

Aproximadamente a 0340 horas desembarcamos del B.A.P. *Colayeras*. El escenario era impresionante: oscuridad total excepto por el mencionado reflector que alumbraba el pabellón Azul, al fondo el sonido de un grupo electrógeno, pintas impresionantes con lemas subversivos que mostraban el control absoluto de los terroristas.

El ejercicio del mando en condiciones de incertidumbre

En el terreno, durante la organización de los elementos de asalto, se presentó una situación que ilustra una de las primeras pruebas del liderazgo: la validación del mando frente a subordinados con mayor experiencia práctica.

Si bien el autor contaba con la formación reglamentaria, su experiencia en combate era limitada, esta condición generó cuestionamientos directos por parte de personal subalterno experimentado.

La situación planteó una disyuntiva clara: ceder la conducción o asumir plenamente la responsabilidad asignada.

Se optó por lo segundo, bajo la convicción de que el liderazgo, en operaciones, no es transferible sin afectar la cohesión de la unidad. De hecho, la decisión de avanzar en primera línea constituyó el elemento determinante para consolidar la confianza del personal.

Como se describió en los párrafos anteriores, los integrantes de los

pelotones a quienes conocía eran, en su mayoría, comandos anfibios y con experiencia, razón por la cual, al recibir la orden de iniciar el desplazamiento hacia mi punto de aplicación, fui abordado por ellos. Me manifestaron que por mi inexperiencia no debía asumir el mando, a lo que atiné a responderles con la interrogante: "… *¿si ya me habían dado la orden que podía hacer ?*" complementando mi respuesta con la afirmación: "…*soy Oficial y que no podía acobardarme*", respondiéndome casi inmediatamente "…*las balas no distinguen Grados"*, a lo que insistí firmemente mencionando de que: "...*soy un Infante de Marina y que no era ningún cobarde"* ordenándoles que me sigan, respondiendo a viva voz "…*si usted va adelante, nosotros lo seguimos",* iniciando el movimiento hacia la zona de reunión en el lado norte del edificio junto a los cuartos de aislamiento, previo al asalto.

Recuerdo que el pabellón Azul era un edificio de dos pisos, de color gris, con columnas y vigas externas pintadas de azul. Tenía dos accesos: uno principal, ubicado en el lado sur, y otro en el extremo norte. En la parte alta de las paredes se encontraban ventanas con barrotes de concreto dispuestos en posición diagonal. Asimismo, en el lado norte había un torreón de vigilancia. Todas estas instalaciones habían sido tomadas por los delincuentes terroristas meses atrás y eran consideradas una "zona liberada", donde ejercían control absoluto.

Las paredes estaban cubiertas de propaganda subversiva, en la que se distinguían la hoz y el martillo, así como lemas alusivos a la denominada República Popular de Nueva Democracia (RPND), tales como: "rematar el gran salto con sello de oro", "la rebelión se justifica" y "conquistar bases", entre otros.

Inicialmente, se había dispuesto que personal de la Fuerza de Operaciones Especiales (FOE) interviniera en apoyo de la Guardia Republicana. Se tomó conocimiento de que, a las 17:15 horas del día 18, los Operadores Especiales iniciaron su participación, siendo repelidos con armas de fuego y dardos lanzados mediante ballestas artesanales.

Durante la intervención, lograron abrir un acceso con cargas explosivas en el extremo oeste del pabellón, por donde escapó un terrorista que estaba siendo ejecutado por uno de los cabecillas. Este informó que estaban asesinando a quienes intentaban rendirse y reveló, además, la existencia de túneles, trincheras y reductos subterráneos, así como de armas de fuego, municiones, explosivos, granadas y otros artificios destinados a sostener una resistencia prolongada.

Los pelotones de Infantería de Marina se desplegaron inicialmente alrededor del pabellón Azul, mientras, mediante megáfonos, se exhortaba a los amotinados a rendirse. Poco después del amanecer, se inició la aproximación desde diversos puntos, escuchándose disparos en el interior del pabellón. Posteriormente, se tomó conocimiento de que correspondían a ejecuciones de algunos amotinados que intentaban rendirse.

Primer contacto y bajas en Combate

En esas circunstancias recibí la orden de ingresar por un acceso que inicialmente había abierto personal FOE y que, al momento de hacer el reconocimiento desde una posición segura, pude observar que era muy pequeño, por lo cual recomendé el ingreso por una de las puertas del primer piso del lado norte, debajo de las escaleras.

Aproximadamente a las 06:00 horas inicié mi avance y, al quedar expuesto al fuego de los terroristas desde esa posición, corrí rápidamente y de manera descontrolada, producto de la tensión, recorriendo unos 25 metros hasta alcanzar una cubierta natural entre las rocas y el mar. Allí adopté una posición de tiro.

En ese momento advertí que el Técnico Primero IMA (CA) Marino Palacios David intentaba desplazarse hacia mi posición, actuando de manera profesional y aplicando la técnica de fuego en movimiento, mientras disparaba hacia la zona desde donde podían efectuar fuego los terroristas.

Fue entonces, mientras le indicaba que dejara de disparar y se dirigiera hacia mí para ponerse a cubierto, que recibió un impacto de bala proveniente del segundo piso del pabellón Azul. El proyectil le impactó a la altura del tórax, atravesando el chaleco antibalas con el que contábamos.

Inmediatamente abandoné mi cubierta para auxiliarlo junto con el Teniente Primero Luis Román, iniciándose un intercambio de fuego entre los terroristas y los Infantes de Marina que protegían nuestra evacuación. Pudimos llevarlo a una zona segura donde finalmente falleció. En aquellas circunstancias di órdenes para retirar el cuerpo del Técnico y arengué al personal indicándole que teníamos que vengar su muerte. El Técnico Marino Palacios que el más antiguo de la Compañía de Comandos Anfibios (CA); falleció en combate durante la primera acción que tratamos de ejecutar.

Este hecho marcó un punto de quiebre emocional. La pérdida de un subordinado en contacto directo con el mando transforma la percepción del combate, pasando de un plano conceptual a una realidad irreversible.

No obstante, la continuidad de la misión exigía mantener la capacidad de conducción pese al impacto psicológico.

Toma de decisiones bajo presión extrema

Simultáneamente, otro equipo que estaba liderado por el Capitán de Corbeta Luis De la Jara Murillo intentaba ingresar al primer piso. Durante esas circunstancias, el jefe del equipo recibió un impacto de bala en el estómago por un disparo efectuado por un terrorista que se encontraba en el segundo piso. Los dos Infantes de Marina que lo acompañaban lograron retirarlo y trasladarlo a una zona protegida frente al edificio.

Desde aquel lugar, el Oficial de Mar Primero IMA Edilberto Jiménez Guardia fue impactado en la cabeza por un proyectil proveniente de la orilla, falleciendo instantáneamente. Al mismo tiempo, el Oficial de Mar Primero IMA (CA) Carlos Palomo Bravo fue herido desde esa misma zona, recibiendo un impacto de bala en la espalda, cerca del cuello, lo que le hizo perder la sensibilidad en el cuerpo por un breve periodo de tiempo.

A pesar de ello, logró arrastrarse fuera de la zona de fuego hacia un área protegida, desde donde solicitó la evacuación de sus compañeros, sin saber que uno de ellos ya había fallecido.

Fue en ese momento que recibí la orden de evacuar a los heridos mientras otros Infantes de Marina, junto con los enfermeros navales asignados a los pelotones, realizaban intentos fallidos de rescatar a los caídos. El permanente hostigamiento de los terroristas no les permitió siquiera acercarse al lugar donde se encontraban.

Las comunicaciones se encontraban degradadas, imposibilitando la coordinación con el escalón superior. En ese escenario, la decisión recaía exclusivamente en el nivel táctico inmediato, la situación implicaba evaluar dos cursos de acción:

- Intentar el rescate, asumiendo un alto riesgo personal
- Mantener la posición segura, con alta probabilidad de pérdida del herido

Este tipo de decisiones constituye uno de los escenarios más complejos del combate, donde confluyen factores operacionales, éticos y humanos.

Ante la evidencia de que el tiempo de supervivencia del herido era limitado, se decidió ejecutar la acción de rescate.

Ejecución del rescate

Con el apoyo de un compañero y la cobertura de fuego del resto del destacamento, se procedió a abandonar la posición protegida y avanzar hacia el herido. El desplazamiento se realizó bajo fuego directo y a corta distancia, lo que incrementaba considerablemente el riesgo debido a las condiciones del terreno y al nivel de exposición.

Se logró alcanzar al herido, estabilizarlo parcialmente y trasladarlo hacia una zona desde donde pudo ser evacuado por medios aéreos. La acción fue posible gracias a la coordinación espontánea de la unidad y a la decisión de asumir el riesgo en un momento crítico.

Para el rescate tuve que desplazarme por la playa frente al pabellón Azul, bajo intenso fuego y con escasa protección, limitada a unas rocas apiladas a manera de rompeolas que no alcanzaban siquiera la altura de mis rodillas. Avancé hasta un punto de máxima cobertura y fue desde allí que observé al comandante De la Jara herido y expuesto en la explanada, sin protección aparente, presumiblemente con la intención de atraer a más Infantes de Marina para eliminarlos.

Desde mi última posición de cubierta escuchaba sus gritos de dolor y trataba de calmarlo. Me dirigí hacia él intentando decirle: “Comandante, yo lo voy a sacar”. Sin embargo, no pude concluir la frase, pues al asomar la cabeza apenas unos centímetros fuera de la cubierta, recibí una ráfaga de fusilería proveniente del segundo piso.

Pude observar claramente cómo los disparos pasaron por encima de mí y asumí que, debido al ángulo de tiro desde el segundo piso, la ráfaga sobrepasó milagrosamente mi hombro sin llegar a impactarme.

Permaneciendo bajo cubierta, traté de comunicarme con mi Comando para informar que me era imposible retirar al herido, debido a que me encontraba bajo el fuego de un terrorista que cumplía funciones de francotirador. Insistí en establecer la comunicación mientras continuábamos bajo fuego, hasta que el operador de radio me informó que no podíamos comunicarnos porque las baterías del equipo se habían agotado.

Mientras tanto, el herido seguía desangrándose y gritando de dolor. Me encontraba entonces ante una encrucijada: sin comunicación con mi Comando para solicitar que otro equipo efectuara la evacuación, debía decidir entre exponer mi vida para intentar salvarlo o dejarlo morir para preservar la mía.

En ese momento, toda mi vida pasó por mi mente. Mientras intentaba decidir en aquellos breves instantes que parecían una eternidad, escuchaba cómo los gritos de dolor y coraje del comandante herido comenzaban a apagarse, hasta oír una frase que me hizo volver a la realidad: "Se me va la vida, se me va la vida".

Fue entonces cuando reaccioné y tomé la decisión de rescatarlo, aunque necesitaba ayuda para hacerlo. Observé al Oficial de Mar Primero Toribio Dioses Lupu y le indiqué que teníamos que sacarlo. Él replicó: "Nos van a matar", a lo que respondí inmediatamente: "No seas cobarde y sígueme". Con voz firme, me respondió: "Yo te sigo".

En esos momentos volteé el rostro para dirigirme a todos los Infantes de Marina que se encontraban a lo largo de la playa y frente al pabellón Azul. Les grité: "¡Cúbranme, carajo!". De inmediato, salí de mi posición de cubierta, seguido por el Oficial de Mar Dioses, corriendo directamente hacia el herido en medio de un incesante intercambio de fuego entre los terroristas y los Infantes de Marina que nos brindaban cobertura.

Logramos mover al herido hacia la playa, hasta una zona temporalmente segura, y posteriormente trasladarlo hacia un área administrativa para su evacuación en un helicóptero que ya lo esperaba. El desplazamiento se realizó paralelo al pabellón Azul, prácticamente sin cobertura, contando únicamente con el fuego de apoyo de nuestros compañeros Infantes de Marina.

A pesar de la intensidad del combate, pude observar claramente los disparos que impactaban muy cerca de nosotros mientras avanzábamos.

Fase final de la Operación

Posteriormente, se dispuso el asalto al pabellón por múltiples accesos. El autor integró uno de los elementos asignados para el ingreso, previo a la ejecución, la evaluación situacional indicaba un alto nivel de riesgo debido a las condiciones estructurales del objetivo y la resistencia del adversario.

Al terminar la evacuación de los primeros heridos, recibí la orden de incursionar por otra zona, razón por la cual tuve que trasladarme a través del fuego alrededor del pabellón Azul. Fue durante ese desplazamiento que observé al Oficial de Mar Primero Edilberto Jiménez Guardia con la cabeza apoyada a la pared, el casco desalineado con un pequeño orificio a la altura de sien, así como un pequeño hilo de sangre. Pensé que estaba herido y que podía ayudarlo y fue, en esos instantes, en que un Infante de Marina que se encontraba protegiendo el cuerpo y que también estaba protegiendo mi

avance, observó mi actitud y me dijo "*qué miras, qué miras… Avanza carajo, avanza carajo*", entendiendo de que Jiménez ya había fallecido.

Esto me afectó profundamente, ya que él había sido mi instructor. El hecho me golpeó de tal manera que continué rampando, llorando y lleno de ira ante aquella pérdida. La tensión acumulada y las misiones consecutivas que se me asignaban, en las que veía cómo la vida podía extinguirse tan rápidamente, me llevaron incluso a pensar que no podría llegar a ser un buen Infante de Marina debido al miedo que sentía.

En esos momentos muchas ideas pasaban por mi mente. Quería abandonar aquella isla y pensaba que, si lograba salir con vida de esa operación, no quería volver a enfrentar una situación similar. Sin embargo, al volver a la realidad, me hice una promesa interior: "No volveré a vivir esto otra vez en mi vida, pero… terminemos como hombres lo que comenzamos como hombres".

Luego de evaluar la situación, el Capitán de Navío Juan Carlos Vega Llona, Oficial a cargo de la operación, dispuso que tres grupos se prepararan para asaltar el edificio en forma simultánea por las aperturas que se había producido al haberse desplomado parte del techo del primer piso en el extremo sur-este del acceso principal del pabellón Azul.

El primer grupo intentó ingresar por ese acceso. El propio Capitán de Navío Vega Llona, junto a tres Infantes de Marina, avanzó disparando hacia su objetivo y, mientras escalaban los escombros, el Alumno IMA Marco Ramírez Gómez fue impactado por disparos de los terroristas, falleciendo casi instantáneamente. Sus compañeros lograron recuperar su cuerpo bajo intenso fuego y posteriormente se replegaron al no contar con una posición ventajosa.

De inmediato, un segundo grupo de asalto penetró en el edificio y avanzó combatiendo en su interior, resultando personal herido durante la acción. Posteriormente, el grupo se retiró para permitir que un tercer equipo continuara con el ataque, evitando así el riesgo de ocasionar bajas propias.

Yo formaba parte del tercer grupo y recuerdo claramente que una sección del techo del primer piso se había desplomado, formando una especie de terraplén que permitía el acceso directo al segundo piso, donde pude observar claramente tres puertas, una de ellas abierta. Tenía conocimiento de dos intentos previos de ingreso que habían fracasado, ocasionando graves bajas e incluso la muerte del alumno.

Recibí la orden de ingresar y, tras analizar la situación, comprendí que mis posibilidades de éxito eran muy reducidas. Ya habíamos sido testigos de la

crueldad de los terroristas con los rehenes; además, durante la recuperación del cuerpo parcialmente mutilado de un Guardia Republicano, había confirmado la violencia con la que actuaban. También sabía que los dos intentos anteriores habían fracasado.

Ante esa situación acepté cumplir la orden. Cargué mi pistola Browning 9 mm Parabellum, asumiendo la posibilidad de resultar herido al intentar cruzar aquella puerta que nadie había logrado superar, más aún considerando mi contextura gruesa. En ese momento me dije a mí mismo: "Si me disparan y sigo vivo, pero no veo ningún camuflado a mi lado… me quitaré la vida, porque no voy a caer en manos de estos terroristas".

Estaba dispuesto a hacerlo. Me presenté ante mi comandante y le manifesté: "Comandante, no soy ningún cobarde. Voy a cumplir su orden, pero estos miserables me van a matar como a un perro. Este edificio es una fortificación y no podemos ingresar como si fuera una edificación normal…". Mi comandante respondió: "Tranquilo, muchacho, vas a tener apoyo. Vamos a disparar tres salvas del cañón sin retroceso y después vas a asaltar".

Me despedí de él diciéndole: "Gracias por su apoyo, comandante".

Regresé a mi posición final y observé la primera salva, luego la segunda. Esperaba la tercera cuando, de pronto, se escuchó la voz de alguien gritando: "¡Alto el fuego, alto el fuego, se están rindiendo!". En ese instante solo atiné a mirar al cielo y agradecer a Dios por permitirme seguir viviendo.

El alto al fuego se produjo aproximadamente a las 14:00 horas. Los rendidos fueron trasladados hacia la zona administrativa, fuera del área de combate, luego de ser registrados. Asimismo, se brindó atención médica a los terroristas que la requerían.

De igual manera, se logró rescatar con vida a dos miembros de la Guardia Republicana que habían sido tomados como rehenes; un tercero ya había sido asesinado.

Posteriormente, me ordenaron ingresar nuevamente por ese acceso, iniciándose la búsqueda de sobrevivientes entre los escombros. Asimismo, se determinó que había varios cadáveres en zonas inaccesibles del edificio y que la estructura del pabellón había quedado seriamente afectada por el combate, así como por las modificaciones realizadas, el peso excesivo que estas habían generado y la construcción de túneles que comprometían la estabilidad del inmueble, el cual se encontraba en peligro de colapsar. Ante esta situación, se dispuso el término de la fase de búsqueda y rescate.

Durante el registro pude observar una escalera construida con un tubo de fierro y barras metálicas a manera de peldaños, muy similar a las utilizadas por los bomberos, que comunicaba ambos pisos con los túneles que habían construido. Desde ese lugar se efectuaban disparos contra los Infantes de Marina que intentaban ingresar al segundo piso, razón por la cual no se podía acceder a ese espacio.

Luego de entregar los prisioneros a las autoridades policiales, a 15:05 horas se dio por concluida la Operación con el restablecimiento del control del establecimiento, la evacuación de heridos y la recuperación de la totalidad de las instalaciones. Procedimos a embarcarnos en el B.A.P. *Colayeras* con destino a la Base Naval del Callao y, desde allí, al Cuartel de Infantería de Marina en Ancón, donde arribamos tarde por la noche.

Fuimos recibidos por todo el personal Infante de Marina correctamente formados y esperándonos. Fue muy impactante el momento en que el Comandante de la Operación, Capitán de Navío Juan Carlos Vega Llona dio parte de los participantes en esta Operación, confirmándonos las bajas y los heridos. Al ordenarse romper filas, todos nos estrechamos entre abrazos y expresiones de alegría y de dolor por la pérdida de nuestros compañeros.

Impacto psicológico y proceso de adaptación

Durante el retorno a la Base se evidenció los efectos acumulativos del combate: fatiga extrema, impacto emocional y procesamiento de las pérdidas; en el ámbito personal, surgió inicialmente la percepción de que el miedo experimentado durante la operación constituía un signo de debilidad; sin embargo, a partir de la reflexión posterior y del intercambio de experiencias y consejos con personas de confianza, se comprendió que el miedo es una respuesta natural ante situaciones de riesgo extremo; la diferencia radica en la capacidad de actuar conforme al deber, aun con miedo.

Al llegar a casa me reencontré con mi familia. Abracé a mi esposa y a mi hijo menor. Allí también se encontraba mi suegro, médico veterinario y alto funcionario de una empresa extranjera en el Perú. A solas con él, y todavía muy exaltado, le relaté lo vivido, haciendo especial énfasis en el miedo que había sentido.

Aún recuerdo que me escuchó atentamente, sin interrumpirme, hasta que al final de mi relato se dirigió a mí enérgicamente, manifestándome que yo no era ningún cobarde y que mi reacción era completamente lógica, pues el miedo a lo desconocido constituye una respuesta racional frente al peligro y permite controlar el riesgo.

Al día siguiente de la Operación, asistí al Centro Médico Naval para participar en el velatorio de mis hombres y, posteriormente, visitar a los heridos. Conservé con muchos de ellos y me preguntaron cómo estaba ileso después de lo que había hecho. Asumo que, por la falta de experiencia, el *stress*, el instinto de supervivencia y la adrenalina generada, no era totalmente consciente de lo que había hecho.

Mientras me desplazaba a mi domicilio, al salir del Centro Médico Naval, pasamos frente a la Universidad San Marcos, donde se vivía una situación similar: flameaba la bandera de Sendero Luminoso y casi todas las paredes estaban cubiertas de pintas alusivas a la "lucha armada". Aquello me indignó profundamente y me llevó a cuestionarme si el sacrificio de mis hombres, muchos de ellos caídos bajo mi comando, había sido en vano.

Posteriormente, tras un profundo análisis, comprendí que el temor que había sentido se debía principalmente a mi falta de experiencia y, sobre todo, a que no me sentía preparado para enfrentar situaciones de combate tan extremas. Por ello, tomé una decisión totalmente contraria a la inicial: en lugar de desertar, me propuse capacitarme más, para que, si alguna vez volvía a presentarse una situación similar, pudiera afrontarla profesionalmente y no dominado por la adrenalina.

Fue así que, meses después, me integré a la Unidad Especial de Combate (UEC), donde fui capacitado por asesores israelíes provenientes de las Fuerzas Especiales del Estado de Israel y, posteriormente, en tres oportunidades, en cursos de diferentes niveles impartidos por las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos (US Army Green Berets).

Toda esa experiencia me sirvió a lo largo de mi carrera en diversas operaciones tanto en el frente interno como en el externo, hasta llegar a la reconocida Operación Chavín de Huántar, en la que tuve la oportunidad de participar tanto en el planeamiento como en la ejecución de aquella exitosa operación de rescate, reconocida a nivel mundial.

Lecciones para la formación profesional

La experiencia me permitió identificar aspectos relevantes para la formación de Oficiales:

1. **Gestión del estrés en combate**
   La preparación técnica debe complementarse con entrenamiento orientado al manejo del estrés en combate, enfatizando en la aceptación del temor sin llegar al pánico.

2. **Liderazgo basado en el ejemplo**
   La legitimidad del mando se consolida en la acción y con el ejemplo.

3. **Toma de decisiones en incertidumbre**
   La falta de información completa no elimina la necesidad de decidir.

4. **Cohesión de Unidad**
   El verdadero Espíritu de Cuerpo, la confianza entre mandos y subordinados se consolida en el combate y es un factor determinante.

Reflexión final

El combate enfrenta al militar a situaciones donde las decisiones deben adoptarse sin garantías y bajo presión extrema; en ese contexto, el valor no consiste en la ausencia de miedo, sino en la capacidad de cumplir con el deber a pesar de él.

La formación de las nuevas generaciones debe integrar no solo conocimientos técnicos, sino también la comprensión de la dimensión humana del combate. Es en esa integración donde se forja el verdadero liderazgo.

En ese sentido, resulta fundamental que los oficiales jóvenes comprendan adecuadamente el proceso del estrés en combate y sepan manejarlo correctamente, a diferencia de lo que ocurrió en mi caso, cuando tuve que afrontar y resolver esa situación en pleno combate, desviando mi atención de la ejecución de la misión.

Un año después el 6 diciembre de 1987, el Oficial al mando de esta operación, Capitán de Navío Juan Carlos Vega Llona fue asesinado en la Paz, Bolivia, por tres terroristas que se identificaron como miembros del Movimiento Obrero Revolucionario. La muerte de este valeroso oficial, así como las de los demás Infantes de Marina caídos en la exitosa operación militar en la isla El Frontón, fue muy sentida por la Institución. Sus retratos, enseres personales y cenizas se exhiben en un lugar de honor en el museo de Infantería de Marina, perennizando su memoria.

Vale considerar que la Fuerza de Infantería de Marina es la única Fuerza que se encuentra en Combate ininterrumpidamente desde el año de 1983, y esta guerra aún no ha acabado.

La madurez que brindan los años nos ha permitido comprender y aceptar que las guerras no solo se libran en el campo de batalla, sino también en otros ámbitos no militares, para los cuales muchas veces no hemos sido preparados

y en los que no nos corresponde combatir. Hemos aprendido a convivir, junto con nuestras familias, con juicios interminables, pero siempre dispuestos a continuar luchando por la defensa de nuestro país desde el lugar en que nos encontremos.

Lo hacemos siempre con la frente en alto, motivados por la memoria de todos los héroes que nos antecedieron, sin distinción de grado o institución a la que pertenecieron y, sobre todo, orgullosos de formar parte de una generación de militares victoriosos.

Compañeros de Armas, el miedo no me hizo menos Infante de Marina, me hizo más consciente del deber y entendí que el verdadero valor no consiste en no temer, sino en no permitir que el temor decida por uno. Compartamos nuestras vivencias con las generaciones venideras por el engrandecimiento de nuestra Patria, y tengan siempre presente que el verdadero líder es aquel que guarda sus temores para sí mismo… pero comparte su Coraje… ¡Acción y Valor! ¡Viva el Peru!